

CAPITULO IX.

*Juicio del Sr. Alaman, sobre la revolucion de Dolores.*

Así terminó con estas sangrientas ejecuciones, el primer periodo de la revolucion de Nueva-España, y ántes de cumplido un año de haber tenido ella principio, habían bajado al sepulcro todos sus primeros promovedores. Seis meses completos ejercieron el mando Hidalgo y Allende, desde el 16 de Setiembre de 1810 que dieron el grito en Dolores, hasta igual día de Marzo de 1811 que en el Saltillo nombraron á Rayon para que les sucediese. En este corto espacio de tiempo se hicieron dueños de las mas ricas y pobladas provincias del reino: Guanajuato, Valladolid, Zacatecas, San Luis, Guadalupe, parte de Sonora, y todas las internas de Oriente, hasta los lindes con los Estados-Unidos. Pasaron bajo sus banderas gran parte del regimiento provincial de infanteria de Celaya; los restos del batallon de Guanajuato, soldados ejercitados en el manejo de la artillería; el regimiento de Valladolid y el batallon de Guadalupe: de caballería tuvieron aun mayor fuerza disciplinada, pues siguieron su partido los regimientos de dragones de la Reina, Príncipe; Páez y Agnascalientes, con todas las tropas de los presidios de las provincias de Nuevo-Santander, Nuevo-Leon, Coahuila y Tejas. Los cuerpos provinciales referidos, que hacen un total de cinco batallones de infantería y diez y seis escuadrones de caballería, componian una fuerza igual á la que formó el ejército del mando de Calleja, si se hubiese conservado unida y arreglada, y la hubiera heeho preponderante la numerosa y excelente artillería tomada en S. Blas. Los recursos pecuniarios que los gefes de la revolucion tuvieron en sus manos fueron cuantiosísimos: ademas de los caudales de la real hacien-

da que tomaron, las areas de las catedrales y juzgados de capellanías de Valladolid y Guadalupe, tenian á la sazón gruesas sumas de que hicieron uso tambien, y se aprovecharon igualmente de los fondos y semillas de los diezmatorios, y de todos los caudales de los europeos que no se destruyeron en el saqueo.

Fueron ciertamente inmensos los medios de que Hidalgo y sus compañeros pudieron disponer para verificar la independencia. La opinion estaba favorablemente prevenida hacia esta, en la parte sensata de la poblacion, porque era general la persuasion de que España sucumbiria al poder de Napoleon, y el mismo Calleja lo manifestó así al virey Venegas, en carta reservada que le escribió de Guadalupe el 29 de Enero de 1811, despues del triunfo de Calderon, con motivo de los premios que propuso se diesen al ejército. "Voy á hablar á V. E. le dice, castellanamente, con toda la franqueza de mi carácter. Este vasto reino pesa demasiado sobre una metrópoli cuya subsistencia vacila: sus naturales y aun los mismos europeos, están convencidos de las ventajas que les resultarian de un gobierno independiente, y si la insurreccion absurda de Hidalgo se hubiera apoyado sobre esta base, me parece, segun observo, que hubiera sufrido muy poca oposicion. Nadie ignora que la falta de numerario ocasiona la peninsula: que la escasez y alto precio de los efectos, es un resultado preciso de especulaciones mercantiles que pasan por muchas manos, y que los premios y recompensas que tanto se escasean en la colonia, se prodigan en la metrópoli."

Este último punto era materia de grave queja, y uno de los resortes que los independientes movian con mayor fruto, para atraer á su partido al ejército mismo que con ellos combatia. Calleja en otra comunicacion reservada al virey, instándole para que se conceda algun premio al ejército de su mando, le dice que era menester por este medio "contrastar la idea que

procuran inspirarles por todas partes los sediciosos, ya en conversacion y ya en proclamas, de que esponen sus vidas sin utilidad, en beneficio de un gobierno que no les dispensa premio ni ventaja alguna, al paso que serian todas suyas, si se convirtiesen en favor del que procuran establecer.”

Ni era tampoco muy de temer la resistencia que oponian los europeos. Calleja en la misma correspondencia reservada con el virey, se queja de que “siendo aquella una guerra cuya divisa era el exterminio de los europeos, se hubiesen mantenido estos en inaccion á vista del peligro, huyendo cobardemente en vez de reunirse, tratando solo de sus intereses, manteniéndose pacíficos espectadores de una lucha en que les tocaba la mayor parte, y dejando que los americanos, esta porcion noble y generosa, que con tanta fidelidad ha abrazado la buena causa, tome á su cargo la defensa de sus vidas y propiedades.” Calleja, en vista “de un egoismo tan perjudicial, que habia llevado las cosas hasta el extremo en que estaban, y que podria conducir las hasta su última ruina, si no se aplicase el pronto remedio que las circunstancias exigian,” propuso al virey “que se obligase á todos los europeos indistintamente á tomar las armas, hasta la edad de sesenta años, lo que sería al mismo tiempo una garantía de la fidelidad de las mismas tropas americanas.”

Como pues, se preguntará con razon, contando con tantos y tan poderosos medios de accion, con una opinion favorablemente preparada, y con tan débil resistencia de parte del enemigo con que habia de combatir, en vez de obtener un pronto triunfo, Hidalgo, que habia llegado hasta las puertas de la capital, acaba por perder todas las provincias que habia ocupado, tiene que huir hácia un pais extranjero, y sorprendido en su fuga, muere miserablemente en un patíbulo con todos sus compañeros? El sistema atroz, impolítico y absurdo que Hidalgo siguió, satisface completamente á esta pregunta, y la contes-

tacion se funda en los varios é inconexos elementos que, como en su lugar se vió, componen la masa de la poblacion mexicana. Hidalgo sublevó contra la parte de la raza española nacida en Europa, la parte de esta misma raza nacida en América, especialmente á los numerosos individuos de ella que careciendo de propiedad, industria ú otro honesto modo de vivir, pretendian hallarlo en la posesion de los empleos, y llamó en su auxilio á las castas y á los indios, excitando á unos y á otros con el cebo del saqueo de los europeos, y á los últimos en especial con el atractivo de la distribucion de tierras. No es extraño pues que los prosélitos corriesen á ofrecerse á millares, como Hidalgo dijo en sus declaraciones, por donde quiera que sus comisionados se presentaban, proclamando el saqueo de los españoles, que siendo los comerciantes y parte mas acaudalada del reino, queria decir el saqueo de casi todas las tiendas y de multitud de casas y de fincas rústicas. Para Hidalgo este sistema asolador fué no solo un modo fácil de propagar la revolucion, sublevando á las clases proletarias contra las poseedoras, sino un medio de salvacion y seguridad para él mismo y sus compañeros. Descubierta en Querétaro la conspiracion que tramaban, cuando apenas comenzaba á formarse contando todavia con poquísimos medios de ejecucion, los conspiradores se veian en el riesgo inminente de ser presos y castigados: “Somos perdidos, dijo Hidalgo á sus compañeros: aquí no hay mas recurso que ir á coger gachupines.” la idea fué adoptada á pesar de la oposicion de Aldama, y en el mismo instante se empezó á ejecutar con los españoles residentes en Dolores. Esta fué la voz, la divisa de la revolucion, pues el haber agregado á ella la impía invocacion de la Virgen de Guadalupe; asociacion que cierto escritor encuentra sublime por haber unido en una misma causa un objeto tan venerado del culto de los mexicanos con el que lo era de su odio, excitando á un tiempo las dos pasiones mas capaces de con-

mover el corazón humano, el fanatismo religioso y la venganza y rivalidades políticas, fué una cosa accidental que para nada había entrado en el primer designio de la revolución.

Mas si este atractivo del saqueo formaba de pronto partidarios en gran número, hacia también enemigos de los que de otra manera hubieran sido, amigos, ó se hubieran mantenido indiferentes. Así sucedió que generalizándose el robo á toda clase de propietarios, los europeos á quienes Calleja acusaba de mantenerse frios, espectadores de la lucha, y los criollos á cuyas haciendas había alcanzado ya el pillaje, se vieron en la necesidad de hacer armas para defenderse y unirse al gobierno, aun los que profesaban opiniones independientes, para buscar una protección que les era necesaria, y la guerra vino á ser no ya la lucha entre los que querían la independencia y los que la resistían sino la defensa natural de los que no querían dejarse despojar de sus bienes, contra los que, siguiendo el impulso que Hidalgo había dado á la revolución, no tenían mas objeto que robar á todos, en son de proclamar la independencia. "Hidalgo y los que le sucedieron, siguiendo su ejemplo," dice D. Agustín Iturbide, "desolaron el país, destruyeron las fortunas, radicaron el odio entre europeos y americanos, sacrificaron millares de víctimas, obstruyeron las fuentes de las riquezas, desorganizaron el ejército, aniquilaron la industria, hicieron de peor condición la suerte de los americanos, excitando la vigilancia de los españoles á vista del peligro que les amenazaba, corrompieron las costumbres, y lejos de conseguir la independencia, aumentaron los obstáculos que á ella se oponían. "Si tomé las armas en aquella época, no fué por hacer la guerra á los americanos, sino á los que infestaban el país," y esto mismo fué lo que otros muchos hicieron.

El estímulo ofrecido de la concesión de empleos, fué desde el principio materia de graves abusos. Habiéndose lanzado en la revolución todos los que no tenían medios de vivir, con

el fin de adquirirlos por los empleos que se les confiriesen, se vieron los gefes de la insurrección en la necesidad, para complacer á tantos, de nombrar multitud de gefes y oficiales absolutamente inútiles y los mas de ellos incapaces de prestar servicio alguno, de donde procedió que apenas habían corrido seis meses desde el grito del pueblo de Dolores, cuando ya era grandísimo el número de capitanes generales, tenientes generales, mariscales de campo y brigadieres, innumerables los coroneles, y en proporción todos los subalternos. Todos los gefes principales daban estos empleos, como dijo Hidalgo en sus declaraciones, y cada uno con tal profusión, que hablando de sí mismo, con motivo de las personas cuyos servicios ofreció premiar en Sonora, asentó, que no se acordaba quienes fuesen, "siendo tantos los títulos que cada día se despachaban." A medida de la facilidad que había para dar, era la exigencia en pedir y el disgusto de no obtener, y á esta causa se atribuye la determinación de Elizondo para hacer la contrarrevolución de Monclova y prisión de los gefes de la insurrección, por habérselle rehusado el empleo de teniente general, á que se creía acreedor. Un ejército en que los gefes se contaban á centenares, no tenía sin embargo nada que mereciese el nombre de soldados: los regimientos de milicias provinciales que se declararon por la revolución, capaces por sí solos de hacer frente al ejército de Calleja, compuesto de igual clase de tropa y no en mayor número que el que aquellos componían, en vez de mantenerse como un núcleo de ejército, al que se fuesen agregando los cuerpos que de nuevo se formasen, se perdieron y confundieron entre la muchedumbre desordenada, y su armamento, que era tan importante conservar, pues que la falta de fusiles era una de las causas que mas contribuían á la superioridad de los realistas, se extravió ó inutilizó, por la desorganización en que entraron aquellas tropas. Es sin embargo de creer, que aún cuando se hubiesen conservado bajo un buen pie, el resultado